



Niños y niñas llenan los juegos al regresar del colegio. Saben muy poco de las durezas del pasado vividas en su barrio en los tiempos de Sendero. Que sigan jugando y tal vez, cuando sean más grandes, llegue el tiempo de las verdades.

El terruco es el otro

TEXTO: WERNER JUNGLUTH MELGAR*

FOTOS: LADY SIHUAY

“ Fusilen a este criminal cobarde”, “el mejor terrorista es el terrorista muerto”, “todos esos comunistas deberían tener la misma suerte de las personas que ellos asesinaron. ¡Abajo el marxismo, abajo el comunismo asesino! ¡Viva el Perú libre!”, “AHORA PIDES SOLUCIÓN POLÍTICA ¿ACASO NO TE PIDIERON PIEDAD AQUELLOS QUE ASESINASTE? POR TU LOCA IDEA DEL COMUNISMO (sic). PIDO TU CABEZA EN PLATO DE BARRO Y LA DE TODOS TUS SEGUIDORES PARA ASÍ PODER ESCUPIRLAS, MALDITO ASESINO”. Estas son citas de ciudadanos anónimos comentando una noticia en un diario nacional ante el pedido de una “solución política” hecho por ‘Artemio’ en sus últimos meses de libertad.¹ Tras constatar el nivel de violencia en las citas, queda claro que convivimos con las secuelas de

la violencia, que hemos avanzado poco como sociedad en el procesamiento de los traumas del pasado, en suma, que la reconciliación no está cerca.

Se le niega la inscripción al Movadef, se captura a “Artemio” y es probable, ojalá sea así, que en algunos meses más caiga “José” en el VRAE, otra ficha del narcosenderismo. Sin embargo, no pareciera que estemos ganando.

“Pena de muerte para terrorista, narco, ladron (sic), secuestrador, pandillero, homosexual, político y funcionario corrupto, violadores y pedofilos (sic) solo eso nos va a salvar”, “¡MÁTENLO! ¡MÁTENLO! ¡rocién con NAPALM toda la zona!”, son los comentarios a la noticia de que “Artemio” estaría herido,² días antes de su captura. Cargados de la misma violencia que los anteriores, son inmunes a los hechos relatados, obvian el cambio en el estado de las cosas, se han quedado anclados en el odio. ¿Acaso ha pasado el tiempo? ¿Acaso hemos despertado de la pesadilla?

El enfrentamiento continuo entre ‘nosotros’ y ‘ellos’ parece trascender la emergencia y declive de Sendero Luminoso (SL) y del MRTA como enemigos del Estado (y de la sociedad). Detrás se encuentra la cultura política que compartimos con países de América Latina, basada más en la “administración de la exclusión”³ que en un proyecto de orden

* Sociólogo por la PUCP y comunicador para el desarrollo por la Universidad de Lima. Investigador de **desco**.

- 1 “‘Artemio’ planteó una solución política al gobierno de Ollanta Humala”, *La República*, 6 de diciembre del 2011. En: <<http://www.larepublica.pe/06-12-2011/artemio-planteo-solucion-politica-al-gobierno-de-humala>>. La cita en altas figura así en el original.
- 2 “Camarada ‘Artemio’ estaría herido tras enfrentamiento con fuerzas del orden”, *La República*, 9 de febrero del 2012. En: <<http://www.larepublica.pe/09-02-2012/camarada-artemio-estaria-herido-tras-enfrentamiento-con-fuerzas-del-orden>>.
- 3 Evelina Dagnino en: Sonia Álvarez, *Cultures of politics/politics of culture: re-visioning Latin American social movements*. Colorado: Westview Press, 1998.

hegemónico racional de la sociedad. Para hacerlo, se explota el autoritarismo social como principio organizador de sociedades donde se levantan paredes y se marcan distancias entre unos y otros. De acuerdo con los iracundos anónimos, los terroristas son infrahumanos, los más viles de los 'ellos'. Los que se acercan lo suficiente como para 'contaminarse' por el contacto con ellos también son sospechosos y finalmente son estigmatizados.

Estos aspectos de la dinámica social de comunidades afectadas por la violencia fueron abordados en un proyecto recién concluido por **desco** en una zona del este de Lima particularmente afectada por el conflicto armado interno. La idea era sostener una serie de entrevistas con vecinos de distintas generaciones para luego devolverles una imagen de sí mismos. La razón para no mencionar el nombre de esta comunidad es únicamente consideración a su decisión de no seguir siendo relacionada con el terrorismo. Esta postura está lejos de presentar una admisión tácita de algún tipo de culpabilidad y expresa más bien el deseo de seguir adelante con sus vidas. Como sociedad, no parecemos estar preparados para un discurso que acepte los hechos del pasado y se reconstruya sobre la base de las lecciones extraídas de estos.

EL RESUMEN DEL CASO, SIN NOMBRES

En 1990, grupos de personas —en su mayoría jóvenes sin hijos o con hijos pequeños— se organizan para invadir un

terreno usado como caballeriza, aunque suene anacrónico. Las personas además reciben ayuda de 'agentes' vinculados a SL para la invasión. Esta prospera. Luego se organiza la defensa del territorio recién conseguido. La experiencia de los "compañeros" se muestra efectiva para repeler a la policía. Durante un buen tiempo los recién llegados viven en condiciones precarias. Hacia finales de 1991, el gobierno decide instalar una base militar en medio de la comunidad. A partir de entonces empieza el desmantelamiento del orden anterior. Desde la mirada de los militares, todo era señal de Sendero y había que demolerlo. Empiezan las requisas inopinadas, secuestros, delaciones, se instala el miedo sobre la pobreza. En el 2000 los militares se retiran. Hacía tiempo que los senderistas habían huido del lugar, pero se mantenía el estigma que los diarios reforzaban: se trataba de una zona roja.

"POR ALGUNA GENTE PAGAMOS 'PATO' TODOS, PODRÍA DECIRSE"

Hoy, el barrio tiene un parque, dos losas deportivas y está lleno de niños corriendo tras pelotas o adolescentes probando la velocidad de sus mototaxis por las calles de cada bien planificada manzana. El problema, a decir de todos, es la delincuencia y el pandillaje. Más allá de los hechos de violencia reales, les ha quedado la imagen de ser un pueblo peligroso. Los jóvenes negocian con esa identidad para amedrentar a los enemigos de turno. Los taxis no quieren parar en el barrio. Habría que

ser necio para no establecer una relación entre esos niños de cinco años que lloraban bajo la cama durante el fuego cruzado y estos adolescentes con furia contenida. La violencia de hoy nos dice que las heridas de ayer no han sanado.

Los padres, en general, no les han contado los detalles de la compleja historia del barrio a sus hijos, probablemente porque no saben si entenderán, probablemente porque tienen miedo de que, nombrando a los fantasmas del pasado, estos vayan a reaparecer. Los jóvenes tienen una imagen fragmentada, descubren a veces periódicos viejos donde se decía que su comunidad era un reducto terrorista. Tienen que llenar los vacíos por sí mismos y hacen asociaciones inéditas, les suenan las palabras “zona roja”, pero creen que es por el grado de delincuencia actual.

Una joven relata que un potencial empleador le preguntó dónde vivía y cómo se alarmó al saber cuál era su barrio. Ella sabe algo: “Antes decían que era zona de puro terruco, que todos los que estaban ahí eran terruños, que era gente mala y eso era algo que estaba mal visto”. Probablemente esta joven no tiene claro quién fue Abimael Guzmán, y aun así, sabe que había “terrucos” y que eran “malos”. Un vecino mayor cuenta: “Todos éramos sospechosos, solo buscaban para saber qué tenías (los militares); eso lo hacían quincenal en todas las casas, el rastillaje era todo el tiempo. Psicológicamente ya la gente vivía traumada, no solamente los mayores, los de la tercera edad, sino también los niños (...) los primeros días

estaban psicológicamente maltratados, pero con el pasar del tiempo se han acostumbrado y para ellos ya era normal, como si entrara cualquiera, ya no tenían miedo a nada”.

Para las personas que hoy viven allí siempre quedó claro quiénes eran ‘los otros’. Para la opinión pública y para los reduccionismos que la prensa alentaba, todos eran culpables. Una joven relata cómo su padre no cedió ante las invitaciones de elementos de SL: “A él siempre lo invitaban ‘ellos’ y le decían que era para mejorar el país... Algunos vecinos sí habían entrado en eso (...), pero mi papá nunca quiso, no se metió, porque pensaba en nosotros”.

Los jóvenes saben poco, los padres no cuentan. Ambos quisieran sacudirse una mala imagen que solo los mayores pueden rastrear hacia sus orígenes. Pero ¿qué enseñar cuando la sociedad se cierra sobre sí misma y se rehúsa a aprender del pasado? Ni siquiera el “para que no se repita” está libre de ser denunciado por ‘ideológico’.

EL MAL MAYOR

Pasados los años, pareciera que no hemos aprendido nada. Un ex ‘militante’ que sale de la cárcel es tan culpable como el día que fue apresado. Tenemos una profunda desconfianza del ‘otro’, y sobre todo del que lleva el estigma del terrorista. ¿Cuándo vamos a ganar la guerra? ¿Cuándo se capture al camarada “José”? No es posible ganar la guerra cuando un



Fujimori fue quien ordenó la incursión militar en la comunidad. Los vecinos y vecinas saben exactamente cómo se reprimió a culpables e inocentes por igual para que el ex Presidente pudiese lucrar con la fama de haber “acabado” con el terrorismo. ¿Habrán votado por Keiko?

investigador, un sacerdote o simplemente un ciudadano son tildados de terroristas o pro terroristas por preguntarse por las causas del conflicto, por negarse a tomar bandos y a poner una pistola en la cabeza de otro, por negarse a cuestionar la autoridad moral para juzgar y ejecutar.

Todorov señalaba, a propósito de la acción política de algunas víctimas del

régimen nazi, lo que significa la memoria ejemplar:

No hay mérito alguno en ponerse en el lado acertado de la barricada, *una vez que el consenso social ha establecido firmemente dónde está el bien y dónde está el mal*; dar lecciones de moral nunca ha sido prueba de virtud. Sin embargo, hay un mérito indiscutible en dar el paso desde la propia desdicha, o de la de quienes nos rodean,

a la de los otros, sin reclamar para uno el estatuto exclusivo de antigua víctima.⁴

Algunas víctimas cuyos testimonios recoge la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), después de pedir justicia, piden que esto no vuelva a suceder a nadie; eso es lo más cercano a una memoria ejemplar que tenemos. No hemos logrado, como sociedad, generar el consenso sobre a qué hay que decirle “¡nunca más!”. ¿A Marx? ¿A las ONG y a los derechos humanos que el propio SL despreciaba por escrito, empatando con los que hoy se arrojan la autoridad moral para escupir sobre las cabezas puestas en platos de barro? La CVR, el único intento de reconstrucción sistemática de la historia del terror, incluyendo valiosos (y no teatrales) testimonios de miles de víctimas, es desechado de un plumazo. ¿Cuál es la alternativa? Solo más enfrentamiento, más rencor. No hay un ‘nosotros’ que oponer a ‘ellos’, mientras tanto, se debe rociar napalm sobre la zona, por las dudas. Como si quien más vocifera y se indigna e inventa nuevos calificativos fuera quien está más distante de los infrahumanos terroristas y, por tanto, se encuentra por encima de todo aquello.

Algunos canales de televisión han iniciado campañas con material de archivo para recordar a los jóvenes las épocas del terrorismo. Lo que vemos son imágenes temblorosas de balaceras, heridos

4 Tsvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000.

ensangrentados, o notas hechas tras un atentado. Luego los periodistas se limitan a relatar dónde ocurrió el hecho, qué año y por supuesto a condenar la ‘insanía’, el ‘demencial proceder’ y la ‘barbarie’ terrorista, palabras que de repetidas han perdido su significado entre las muchas frases hechas de una prensa, en general, poco inquisitiva.

Desde la visión reduccionista que prefiere cerrar los ojos y condenar hasta el infinito, ¿cómo se lidia con el presente en el barrio que visitamos? ¿Son víctimas? ¿Son condenables por haber tenido un vecino ‘comunista’? ¿Cada quién debió ver por sí mismo y amurallar su casa?

Nuestro secular ejercicio de negación, disfrazado de condena, pierde de vista una y otra vez consecuencias que no entran en su encuadre mental que divide el mundo entre buenos y malos: jóvenes pandilleros sin poder explicarse de dónde les viene la ira, jóvenes en sillas de ruedas a causa de una incursión armada, dirigentes fuertes, organizados y dialogantes que se curtieron entre dos fuegos y que hoy solo quieren gestionar el bienestar de su comunidad.

Más difícil y menos ‘telegénico’ sería lidiar de verdad con un escenario de posguerra como el que encontramos en el barrio limeño. Hay mucho de confusión, desconfianza, incluso cierta hostilidad. Pero al final una señora se acerca y dice que por fin la gente empieza a abrir los ojos. Algún día podremos mirarnos al espejo y vencer la tentación del desprecio. ■